

SANTA TERESA DE JESÚS

HUMILDAD DE CORAZÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS

I

Siempre te imagina sierva de todos, y en todos considera a Cristo nuestro Señor.

(Santa Teresa de Jesús, Aviso 25)

Vamos a entrar en el examen del segundo grado de humildad, o sea de la humildad de corazón, la más perfecta y que mejor resplandeció en nuestra Santa. Mucho más perfectos, o al menos meritorios, son los actos de la voluntad que los del entendimiento. Por esto Jesucristo, modelo de humildad perfectísima, nos convida a ser humildes de corazón. De nada nos serviría conocernos pecadores, pobres, desnudos de toda virtud, impotentes para todo lo bueno, merecedores de castigo y de todo desprecio, si nuestra voluntad no amase o no se conformase cuando menos con este juicio. ¿Cuántos hay por desgracia que se conocen pecadores y no quieren reconocerse por tales? Pues ¿quién habrá tan mentecato que no vea que de sí nada tiene de bueno en el orden sobrenatural? ¿Quién no ha confesado mil veces la verdad de la pregunta que san Pablo dirige al orgulloso: ¿Qué tienes que no hayas recibido? y no obstante ¡cuán pocos hay que sean humildes de corazón como nos manda el Señor! Digamos, pues, en qué consiste esta humildad, para ver cómo la poseyó en grado heroico nuestra querida santa Teresa de Jesús, y confundirnos y alentarnos con su ejemplo.

La humildad de voluntad consiste en desear ser despreciado de otros y complacerse en los mismos desprecios. Tiene tres grados esta humildad, según enseña el melifluo san Bernardo. El primer grado consiste en no querer mandar; el segundo en querer estar sujeto a otros; y el tercero en sufrir con igualdad de ánimo todas las injurias y afrentas que se le hagan en la misma sujeción. Esta es la humildad perfecta, la virtud que atrae todas las bendiciones del cielo, la que hace al hombre superior a sí mismo y a todo lo criado, la que vence las resistencias que puede tener el corazón de Cristo Jesús para dispensarnos toda clase de gracias; la que en fin eleva el alma sobre todas las miserias y ruindades, y la convierte en discípula muy amada de Aquel que dijo: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”.

El primer grado de la humildad de corazón consiste en no querer mandar. Quien se juzga por vil escoria y nada, quien se reconoce digno por sus pecados de estar bajo los pies de Lucifer, y ser hollado eternamente por este capitán de los soberbios, lo que menos puede apetecer en descuento de sus soberbias es no querer mandar, no querer con esta distinción y honra elevarse sobre sus hermanos, y ser tratado con cierto respeto y consideración. El que es y se juzga peor de todos, como a los Santos acontecía, no querrá holgarse en aparecer superior a uno solo. Además de que no hay el menor peligro en posponerse a todos y juzgarlos superiores a nosotros, y sí lo hay y grande en reputarse a uno tan solo superior. Cuando entramos por baja y pequeña puerta, no es inconveniente ni hay peligro en abajaros algunos palmos más de lo que exige su altura; pero sí es peligroso y podrá causaros no leve daño, si queréis penetrar con la frente erguida elevándoos sobre el dintel, aunque no sea más que un dedo. Daréis con la cabeza en el dintel, y os lastimaréis en este caso no poco. De este peligro nos libra el primer grado de la humildad de corazón, que dispone nuestra voluntad de suerte que no codicia mandar o mostrarse superior a uno siquiera de nuestros hermanos. Además nos proporciona ya este grado y nos da a gustar las delicias de la paz del alma. Como en el mundo y en el batallar de la vida las contiendas siempre o casi siempre traen su origen, como dice la humilde Teresa de Jesús, de los negros puntillos de honra y de ambición, el que posee este primer grado de humildad, ajeno su corazón y superior a estas miserias, no le perturban, porque no le alcanzan. Semejantes a los elevados montes o firmes rocas en medio del océano que ven forjarse bajo su cumbre las tempestades y estrellarse las olas a sus pies sin que la sacudida les llegue, ni les acarree inquietud, viven los humildes de corazón en la región serena y tranquila del amor a su propio conocimiento y bajeza, compadeciendo las miserias en que se hallan aprisionados los soberbios. Entre los soberbios, ha dicho el Espíritu Santo¹, siempre hay discordias y querellas; mas el humilde mora en la mansión de la paz. ¡Oh! ¡si comprendiésemos nuestros verdaderos intereses! Todos ambicionaríamos el último lugar, y la

¹ Prov. XIII

concordia y felicidad reinaría siempre en nuestro corazón. Mas ¡ay! huimos de la humillación como del mal más temible, y por ello nunca llegamos a ser humildes de corazón, y vivimos intranquilos, en perpetuo disgusto y desazón.

Oigamos una de las pláticas más admirables que salir puede de boca de un corazón humilde, y nos convenceremos de esta verdad. Quizás tan hermoso ejemplo, practicado por persona a quien tantos amamos, nos moverá a querer no mandar a nadie y adquirir con esto el primer grado de la humildad de corazón. Es de nuestra adorada Madre Teresa de Jesús cuando la obediencia la forzó a tomar el argo de Priora en el monasterio de la Encarnación de Ávila, después de haber abrazado la regla primitiva de la Descalcez. Estaban las monjas Calzadas un tanto recelosas del régimen de santa Teresa de Jesús, ya porque el P. Pedro Fernández de la Orden de santo Domingo, nombrado Visitador por el papa Pío V, les nombró Priora a la Santa sin su consentimiento, ya porque había salido siendo súbdita y ahora volvía superiora, ya en fin por temer que fuese riguroso su gobierno y estrecho, profesando el primitivo rigor de la Regla del Carmen. Más nuestra humilde Santa desarmolas a todas al colocar en la silla prioral una imagen de bulto de Nuestra Señora, y sentada a sus pies, expresarles su humildad y su deseo de no querer mandar, con la discreta y prudentísima plática que copiamos íntegra, dejando para otra ocasión el admirar tanta humildad y profunda sabiduría. Saboreen entre tanto nuestros lectores las bellezas y dulzuras de tan acabado modelo en el arte de gobernar y ganar corazones, y aprendamos todos a ser humildes de corazón como lo fue la gran santa Teresa de Jesús. Dijo así la humilde Teresa de Jesús:

“Señoras, madres y hermanas mías: Nuestro Señor, por medio de la obediencia, me ha enviado a esta casa, para hacer este oficio, de que estaba yo descuidada, cuán lejos de merecerlo.

Hame dado mucha pena esta elección, así por haberme puesto en cosa que yo no sabré hacer, como porque a vuestras mercedes les hayan quitado la mano que tenían para hacer sus elecciones, y les hayan dado priora contra su voluntad y gusto, y priora que haría tanto si acertase a aprender de la menor que aquí está, lo mucho bueno que tiene.

Sólo vengo para servir las y regalarlas en todo lo que yo pudiere; y a esto espero que me ha de ayudar mucho el Señor. Que en lo demás cualquiera me puede enseñar y reformarme. Por eso vean, señoras mías, lo que yo puedo hacer por cualquiera; aunque sea dar la sangre y la vida, lo haré de muy buena voluntad.

Hija soy desta casa, y hermana de todas vuestras mercedes. De todas, o de la mayor parte, conozco la condición y las necesidades; no hay para qué se extrañen de quien es tan propia suya.

No teman mi gobierno, que aunque hasta aquí he vivido y gobernado entre Descalzas, sé bien, por la bondad del Señor, cómo se han de gobernar las que no lo son. Mi deseo es que sirvamos todas al Señor con suavidad; y eso poco que nos manda nuestra regla y constituciones lo hagamos por amor de aquel Señor a quien tanto debemos. Bien conozco nuestra flaqueza, que es grande; pero ya que aquí llegamos con las obras, lleguemos con los deseos; que piadoso es el Señor, y hará que poco a poco las obras igualen con la intención y deseo”.

Teresa de Jesús

LA VIDA ESCONDIDA CON CRISTO EN DIOS

Haciendo fuerza imponderable sobre el espíritu las disipaciones del siglo han llegado a comprimir el vuelo de mil almas generosas contenidas en su celo, a causa de haberse hecho vulgar el imperio del materialismo.

No entiende el mundo de vida oculta en Cristo Jesús, y sólo aplaude lo bueno cuando se traduce y puede aplicarse a beneficios sensibles. Así es que los oradores y apologistas modernos, sin duda para hacerse oír de los hombres mundanos, tratan de ordinario las cosas de religión en cuanto se refieren a la vida pública y material de los pueblos, sin cuidarse muchas veces de celebrar la santidad de los hijos ilustres de la Iglesia, considerando, por ejemplo, a santo Domingo de Guzmán, a san Francisco de Asís, a san Ignacio de Loyola y a san Vicente de Paúl como viajeros curiosos, como hombres simplemente benéficos y en concepto de peregrinos laboriosos, bienhechores de la humanidad.

De este modo dan un tinte de materialismo a la santidad misma que sabe esconder con Cristo en Dios todo lo que es mundano, sin por ello dejar de ser provechosa a las naciones la justicia aún recatada de los Santos.

Debe cuidarse mucho no prescindir de lo principal cuando se celebra lo que en verdad es digno de alabanza. Y si los que oyen o leen no tienen educado el oído para escuchar cosas concernientes al espíritu, es preciso formarlos de tal manera que admita sin extrañeza y acepte sin repugnancia la doctrina que dirige a las almas hacia la única cosa necesaria, que justamente es la meditación de las verdades eternas. María eligió la mejor parte, no obstante ser buenos los afanes de Marta.

Enaltecer a los Santos únicamente por lo que tuvieron de famosos en sus fundaciones benéficas, en sus viajes de rescate y en sus trabajos de vestir al desnudo, de cultivar las tierras desecando pantanos y allanando montes, equivaldría a relegar de la celebridad y del teatro de los buenos ejemplos a miles de bienaventurados que, escondiendo en Cristo una vida de altos merecimientos y de costosos sacrificios, gozan en Dios vida perdurable, cuyos pasos y caminos deben ser conocidos de los fieles cristianos a fin de que adoren al Señor, admirable en sus amantes Siervos.

Peligro no escaso envuelve la predicación exclusiva de las hazañas llevadas a cabo por los Santos, como quiera que se aparta de la atención de los oyentes lo que es principal en la historia de los escogidos, a saber: la santidad y la pureza, que si bien son compatibles con una vida exterior y laboriosa, no todos son llamados a difundirse y multiplicarse entre los hombres. Los mismos que son movidos por el Espíritu de Dios a insignes conquistas, todos saben referirlo a gloria del Señor.

Celebra la santa Iglesia la alteza de los anacoretas, la de los sencillos y humildes de corazón e ignorados del mundo, y cerca del Señor hay muy felices cortesanos del recato más delicado y de la más sincera modestia, los cuales sirvieron a Dios en espíritu de humildad con ánimo contrito.

San Juan de Dios y santo Tomás de Villanueva cuidando de los pobres; santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz emulando en santas fundaciones y en ejemplares reformas, sepultaban en las moradas de la contemplación toda la fama de sus trabajos pasados por Cristo, y hacían de modo que las gracias de sus talentos resplandecieran más en el buen olor de la santidad que en la forma de sus discursos. Muriendo porque no moría, la discreta Doctora parecía tomar de san Pablo el *Cupio dissolvi et esse cum Christo* (Philip. 1,23). Cristo era el vivir del Apóstol, y morir su ganancia. (Philip. 1,21). A todos quería esconderlos en las entrañas de Cristo. *Testis est mihi Deus, quomodo cupiam Vos in visceribus Christi.* (Philip. 1,8 : Galat. II, 20 ; IV, 19) Deseaba formarlos en Cristo, dándolos de nuevo a luz.

Tales ejemplos de santa emulación eran estímulo poderoso que movía los corazones por medio de resortes misteriosos, tan suaves y eficaces a un tiempo que, confesando cada uno lo que en lenguaje de humillación se llamaba miserias y ruindades, en todo aparecía la gloria de Dios, obrador, en ánimos dóciles, de grandes maravillas. Eran como una potencia de alcance incalculable aquellas docilidades, señal de que amaban obedeciendo, y de que obedeciendo a la voluntad de Dios iban por el camino de los aciertos en el merecer. Sin hablar de razón, en todo se mostraban razonables, y reconociéndose flacos vencían sin ruido ni ostentación a enemigos formidables.

Los reyes más atrevidos y disipados, los emperadores ciegos de poder y de ambición, los astutos políticos y los pérfidos cortesanos, fueron más de una vez advertidos por la sencilla palabra de los Siervos de Dios, y a estos se debe que cesaran muchas calamidades, y se aplacara la ira de mil desaforados ministros. Allí donde no llegaban la reflexión y el consejo de los sabios se hacía oír el aviso de los Santos, quienes encontraban en los senos ocultos del amor de Dios la fórmula de mover a pesares y a contriciones los ánimos disipados en vana gloria de dominación y de conquistas.

Nada es capaz de contener el celo de los Santos. Aman con ardor la verdad, la predicán con vehemencia y la difunden persuadiendo más con el ejemplo que de palabra, sin embargo de ser incansables en la tarea de instruir, y vivos con viveza de fuego en las fatigas de espíritu. Aprendieron estas artes en la escuela de Cristo, y de la doctrina santa del Evangelio tomaron trazas para iluminar a ciegos y convertir pecadores. *Ne sit mihi ad iudicium, dice el libro precioso de la IMITACION DE CRISTO, verbum auditum et non factum, cognitum et non amatum, creditum et non servatum* (Lib III, c. 2). Al contrario los predicadores asalariados: mueven el cielo y la tierra por lograr puestos de honra y provecho mundanos, y no levantan un pie en busca de la vida eterna. *Pro modica praebenda via longa curritur: pro aeterna vita a multis vix pes semen a terra levatur.* (Id. ib., c. 3). ¡Precio vil ardientemente estimado por almas

disipadas! Así vienen sobre la sociedad males de origen desconocido, calamidades insoportables y angustias que de improviso abaten el ánimo. *Veniet super te malum, et nescies ortum ejes: et irruet super te calamitas, quam non potreéis expliare: veniet super te repente miseria, quam nescies* (Isai. VII, 11)

Lo peregrino es que haya extrañeza y se padezca sorpresa cuando vienen sobre los pueblos determinados males. ¡Pues qué! ¿No ha traerlos el desorden de la vida? ¿No ha de llamarlos el pecado? Por ventura ¿cuándo no sufrió humillación la soberbia? ¿Y cuándo no fue abatido el orgullo? En los providenciales llamamientos son desheredados los pueblos ingratos, y sucede que las naciones apartadas concurren al convite. Para ellas es la heredad del Padre de familias. *Quia ventum seminabunt, et turbinem metent... Arastis impietatem, iniquitatem meruistis* (Oseae, VIII, 7, et x, 13) se ha escrito de las vanidades y prevaricaciones humanas, como está escrito que el Señor llamará pueblo suyo al que todavía no lo es, y amado al que no lo es, y habrá misericordia para los que no la obtuvieron. *Vocabo non plebem meam, plebem meam: et non dilectam, dilectam: et non misericordiam consecutam, misericordiam consecutam* (Rom. IX, 25).

En esta economía de la providencia de Dios y de sus adorables misericordias encuentra motivos de saludable temor y de celestial consuelo quien oye dócil y se muestra obediente a la ley del Señor; pues llamándonos a conocer su admirable luz *in admirabile lumen suum* (I Pet. II, 9), hízonos hijos, por la gracia y méritos infinitos de Jesucristo, de un Padre, rey de los siglos, inmortal e invisible. *Non qui filii carnis, hi filii Dei* (Rom. IX, 8). No sólo pertenecen los cristianos al pueblo de Dios, sino que herederos de las promesas por gracia del Evangelio, son hijos de Dios vivo. *Attende dignitatem Evangelio: non enim solum facit homines de plebe et populo Dei, hoc enim lex faciebat, sed filios Dei vivi* (Tolet. Comment. Et Annot. In Epist. B. Pauli Apost. Ad Rom., c. IX). Allí donde se dijo: “No sois mi pueblo”, se dice por gracia de Jesucristo: “Estos son mis hijos, aquí están mis hijos”. *Et erit: in loco ubi dicetur eis: Non populus meus vos; dicetur eis: Filio Dei viventis* (Oseae, 1,10; Rom. IX, 26). Es un modo de perpetua resurrección la vida en Cristo. Quasi morientes, et ecce vivimos (II Cor. VI, 9).

De acuerdo con esta doctrina se poblaron los desiertos, y la fuga de los siervos de Dios creó cristiandades en lo sombrío de los bosques. Son premios a la soledad y al retiro las ideas elevadas; y la muerte al mundo buscando en la pasión de Jesús vida de trabajos y humillaciones ha dejado en la sociedad gérmenes de admirables acciones. Basta un cuadro que represente la vida de los amigos de Cristo para levantar el espíritu de los pueblos dormidos. Desde que se pinta lo material sin más atractivo que la exactitud en el dibujo y la perfección en los contornos, se va perdiendo la energía del pensamiento, decae el ánimo, el vuelo sin tasa ni medida del espíritu da en el abatimiento, y el gusto espiritual de elevaciones misteriosas se disipa en el ruido del mundo. Los ingenios que llegan a prendarse de lo simétrico y lineal llegan a incapacitarse para emprender acciones heroicas. Lo sobrenatural requiere principalmente estudio de humildad donde se aprende el modo de sepultarse con Cristo en muerte voluntaria. *Mortui enim estis, et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo* (Coloss. III, 9).

Marzo, 5 de 1874.

+ EL OBISPO DE JAÉN

UN DÍA DE GRANDE ALEGRÍA

PARA NUESTRA QUERIDA MADRE SANTA TERESA DE JESÚS

Es cosa de todos sabida que nuestra seráfica Doctora con sus escritos y ejemplos fue el apóstol que más trabajó por extender la devoción a san José; de suerte que no ha reparado un piadoso autor extranjero en apellidarla la Benjamina y Secretaria de san José. Nada deseaba tanto la ilustre Castellana como ver obsequiado al santo Patriarca, y que su fiesta fuese muy solemne con luces, flores y adornos. La Santa vio en vida satisfechos en parte sus deseos, porque muchas almas, especialmente sus hijas, tomaron con gran empeño honrar a san José y profesarle especial devoción. Pero hasta nuestros días no han quedado satisfechos plenamente los deseos de nuestra distinguida Josefina. Hoy que todo el mundo es devoto de san José, como lo prueban tantos obsequios que se le tributan, el corazón de nuestra Santa debe haber quedado satisfecho. Hoy que con toda verdad puede afirmarse que no hay ciudad, villa, ni aldea, ni casa, ni familia, ni individuo cristiano, si lo es más que de nombre, que no

profese especial amor al Santo bendito, Teresa de Jesús desde el cielo debe experimentar un gozo y gloria nueva accidental, contemplando coronados sus desvelos de un éxito el más feliz.

Esto pensábamos el día de nuestro Santo al contemplar a nuestro ilustre Prelado rodeado de un inmenso número de hijos, arrodillados todos delante de imagen agraciada del santo Artesano de Nazaret. Al ver la especiosa iglesia del Seminario atestada de fieles y la bellísima imagen de nuestra Santa, que ya conocen nuestros lectores, colocada al lado de la de san José, nuestro corazón experimentó desusada alegría, y no pudimos menos de felicitar con toda nuestra alma a tal Hija y a tal Padre quien en el cielo se ven y se aman, y gozan de una misma gloria y felicidad. Tortosa acreditó una vez más que es ciudad que ama a san José con pasión, pues sus hijos de toda clase y condición acudieron presurosos durante la novena a honrar al más honrado de los mortales, y hasta los niños y niñas, en número de algunos centenares, todos los días hacíanle una novena al Santo amor de la niñez, rezándole y cantándole y confesándose para merecer ser oídos en las súplicas que le dirigían por Pío IX y España. Y lo que se hizo en Tortosa se hizo en toda España, en Francia, Inglaterra, Bélgica, Italia, en toda Europa, en fin, y países en que se adora por Dios al que san José llamó su Hijo. Haga el Señor Jesús, en atención a los méritos y súplicas de su Padre adoptivo san José, para gloria de su nombre y de nuestra ilustre Josefina Teresa de Jesús, que pronto, pronto disfrute la Iglesia de paz; empezando por nuestra España, la que sin disputa más honra al Santo sin igual, la restauración del reinado social de Jesucristo en la católica Europa.- E.

ESPECTÁCULO ADMIRABLE

Vamos a dedicar unas breves líneas al que podemos llamar hermosísimo fruto de bendición, que ha producido en nuestra ciudad la celestial semilla del espíritu de Teresa de Jesús, sembrada, como en fértil campo, en el corazón de la generosa juventud.

La numerosa asociación de Jóvenes católicas de Tortosa acaba de dar una magnífica muestra de lo mucho que la sociedad cristiana puede prometerse de tan oportuna Asociación; de lo bien que sabe corresponder a los amorosos designios que el Señor tiene sobre ella formados, y, finalmente, de la verdad y justicia con que honrarse pueden sus asociadas con el noble título de hijas de Teresa de Jesús.

Apenas el Vicedirector indicó a las expresadas jóvenes la oportunidad de los ejercicios espirituales prevenidos en el Reglamento, cuando todas ellas, con visibles muestras de satisfacción y hasta poseídas de un piadoso entusiasmo, parece que en nada ya pensaban y de otra cosa no acertaban a hablar que de la manera de dar comienzo a los verdaderamente deseados ejercicios.

Ellos se empezaron el día 28 del pasado marzo, en el mismo día y hora en que nació la seráfica Doctora (¡rara coincidencia e impensada!), concluyéndose con la Comunión general que tuvo lugar el día 2 de abril, festividad de Jueves Santo. A fin de que los ejercicios pudiesen ser hechos por todas o casi todas las jóvenes asociadas, se celebraron dos actos cada día: el uno que comenzaba a las cinco y media de la mañana y concluía poco más de las siete horas; y el otro que empezaba a la misma hora de la tarde, concluyendo a las siete menos cuarto.

Era de ver la puntualidad con que todas acudían por la mañanita a la iglesia del Seminario (en cuyo crucero y a los pies de un devotísimo santo Cristo y una Virgen de los Dolores se celebraban los actos), conociéndose harto que era la dulce voz de Teresa de Jesús la que de tal suerte hacía acudir a aquellas jóvenes, por ventura no acostumbradas, muchas de ellas, a levantarse a tales horas.

Su devoción y recogimiento durante los actos, su retiro y modestia fuera de ellos, eran ciertamente para alabar a Dios y dignos de los mejores elogios, si teniendo a estos en el bajo precio que se merecen, no ambicionasen más alta recompensa, soberano galardón que por medio de su celestial amiga Teresa de Jesús les tiene el Señor reservado.

Pero nosotros, que no para lisonjear sino para estimular a la virtud escribimos, bien podemos asegurar que santa Teresa de Jesús "ha bullido bien el negocio", valiéndonos de una gráfica y graciosa frase suya. Si la bendita Santa nos lo dijese, ella que lo sabe bien, ¡cuántos corazones veríamos felizmente transformados a los suaves toques de la gracia! ¡Cuántas almas, débiles por ventura hasta entonces, han experimentado en su interior ímpetus generosos y desconocidas energías para andar por el camino de su eterna salud! ¡Y cuántas

otras no han sido fuertemente sacudidas con esos saludables sacudimientos que abren al espíritu nuevos caminos de luz y de gracia! ¿Y no han visto todas esas jóvenes acabarse con disgusto esos días de ejercicios, excesivamente pocos para su piedad, habiéndoles sólo dejado vivos deseos de repetirlos en otra ocasión, con mayor holgura espiritual que en la presente?

Ni tampoco creemos equivocarnos al decir que la no escasa falange de almas escogidas, de esforzados corazones que acaudilla la valerosa y simpática Teresa de Jesús en los ejércitos del Señor, ha cobrado en esos días notable crecimiento; y sabemos también que, para alegría del cielo y dicha nuestra, ninguna de esas jóvenes quiere ser de las rezagadas, antes por el contrario, como nos decía una de esas animosas hijas de Teresa, se disputan todas el honor de pertenecer a la compañía de vanguardia y seguir lo más cerca posible a su esclarecida capitana Teresa de Jesús en la imitación de las virtudes cristianas.

Adelante, pues, Jóvenes católicas. Vosotras podéis con pacíficas armas, esto es, con la oración y el buen ejemplo, vencer al mundo, encastillado en los baluartes de la soberbia y sensualidad. Grandes victorias podéis reportar a la Iglesia de Cristo sin que una sola gota de sangre mancille vuestros laureles. Teresa de Jesús, la insigne virgen española camina delante de vosotras, comunicando celeste luz a vuestros espíritus, y vigor y aliento a vuestros pechos: ¿qué más necesitáis para vencer?

Mientras tanto creemos un deber nuestro el felicitaros de lo íntimo de nuestras almas por el admirable espectáculo que acabáis de dar a todos: hermoso a los ojos de Dios y sus Ángeles; sorprendente para el mundo, que os creía de más livianos pensamientos e incapaces de serias reflexiones; edificante y digno de imitación para todas las asociaciones de Jóvenes católicas; y fecundo, en fin, con la fecundidad de la oración y del buen ejemplo para todas las almas.- A.

EL GRANDE PROFETA ELÍAS

I

Hubo un tiempo en que la idolatría había llegado a ser el vicio común del pueblo judío. El Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob no recibía aquellos justos y santos sacrificios como en días de mayor fervor; el fuego de la caridad se había apagado en el corazón de los israelitas, y la ley de Moisés era ignominiosamente despreciada. Las sombras del vicio y del error cubrían la tierra, y el mundo estaba convertido en un abismo de desórdenes, de confusión y de delitos.

Por aquellos días aparece sobre la antigua y sacerdotal ciudad de Thesbis, situada a la otra parte del Jordán, una luz brillante, que viene a disipar con su esplendor tan densas tinieblas y en ella se deja entrever la gloria y el próximo consuelo de Israel. Esta luz es un varón prodigioso, a quien en su niñez, según la tradición, saludaron alborozados mensajeros celestiales vestidos de blanco, envolviéndole entre vivas llamas de fuego que lamían su frente y sus mejillas, y con ellas en vez de leche se humedecían sus labios, y se alimentaba su cuerpo, como dice san Epifanio.

Su nombre era el de Elías, que se interpreta *Dios fuerte, o Señor Dios*, y sus padres no se hallan ni siquiera indicados en la sagrada Escritura, que nada nos dice ni de su familia, ni de su nacimiento, ni de la tribu a que pertenecía. Sabemos, sí, que era un varón verdaderamente celestial, y tal vez fuese algo más que hombre, pues el empeño de los escritores sagrados en ocultarnos su genealogía, los estupendos prodigios que obró, y el decirse de él en el Nuevo Testamento: *Elías homo erat similis nobis passibilis*² nos inducen a sospecharlo así.

El Señor le suscitó de entre aquel pueblo siempre ingrato, y en días de su mayor envilecimiento, para que fuese su inexorable fiscal, y clamase continuamente contra las iniquidades, y le constituyó su grande Profeta y Padre de muchos profetas, y le hizo celador constante de su gloria y honor, vengador de sus derechos indignamente conculcados, jefe de un pueblo numerosísimo, maestro de Santos y fundador de una Orden célebre y gloriosa, la Orden Carmelitana.

Su morada era el desierto, en donde llevaba una vida mortificadísima y penitente, y obraba milagros.

² Jac. V, 17

Desde lo alto del Carmelo seguía los destinos de los pueblos y de los reyes, y cuando se presentaba en las ciudades era para intimar a las cortes impías las órdenes del Señor Dios que le enviaba, y para amenazarles con terribles castigos y vengar sus crímenes atroces.

Profetizaba grandes calamidades, y sus profecías todas se cumplían; sin embargo, aquel pueblo estaba ciego y permanecía en su iniquidad. Mil persecuciones se levantan contra el Profeta, y en los reales alcázares se maquina quitarle la vida.

El Señor le protege visiblemente, y le envía sus Ángeles para librarle de todas las persecuciones de sus enemigos, y continua su elevadísima misión. En la soledad con sus ejemplos e instrucciones prepara un pueblo perfecto que le había de suceder heredando su mismo espíritu y poder. Allí, por mandato de Dios, toma por su compañero y discípulo a Eliseo, que abandona sus yuntas de bueyes con que araba la tierra, por seguirle y con él forma una escuela de santidad y de toda perfección que debía extenderse a las generaciones futuras y perpetuarse hasta la consumación de los tiempos. En el silencio del Carmelo reuníanse sus hijos, a quienes enseñaba la verdadera perfección, haciéndoles practicar todas las virtudes y meditar día y noche la ley santa del Señor, comunicándose dulcemente con el cielo.

Un día, acompañado de su discípulo Eliseo, llegó hasta la orilla del Jordán, cuyas aguas, divididas por el golpe de su manto, les proporcionaron paso expedito para la otra orilla del río. Habían andado un largo trecho en santa conversación, cuando Elías dijo a su discípulo que pidiese cuanto quisiese, pues estaba dispuesto a concedérselo con gusto, y satisfechas sus pretensiones, se les aparece repentinamente un carro de fuego, cuyos caballos también eran de fuego. En él se subió Elías, y con un recio torbellino fue llevado por el aire a lo alto, desapareciendo de la vista de su desconsolado discípulo.

Los santos Padres afirman que Elías fue trasladado vivo al paraíso terrenal, donde lo reserva Dios para que, en compañía de Enoc, venga a predicar penitencia en los últimos días del mundo, como lo dice san Juan en el Apocalipsis.

Entonces padecerá Elías el martirio por orden del Anticristo, que lo mandará degollar, no sin haber antes obrado muchos milagros; y resucitará, y subirá al cielo en una nube, con grande confusión de sus enemigos.

Pero Elías, al ser arrebatado por los aires, quedose trasfundiendo en la tierra su espíritu y una doble virtud y santidad en su hijo Eliseo y en sus demás hijos los habitantes del Carmelo.

En el Carmelo puso los fundamentos de la vida monástica instituyendo la religión Carmelitana, que tanta gloria ha dado a la Iglesia de Jesucristo, y que siendo como un sol de brillante resplandor ha comunicado su luz y su calor a todas las demás religiones, y ha servido de norte y guía a todos los Santos fundadores.

La Orden Carmelitana es como una concha preciosísima en donde se encuentra reunida toda la sublimidad de la vida perfecta, y es como un canal excelente por donde corren las virtudes de la vida monástica sobre todos los institutos religiosos.

Elías, con su espíritu profético, la vio simbolizada en aquella nubecilla que, levantándose del mar a lo alto, bien pronto fue una grande nube que cubrió todo el cielo, y que significaba también a María inmaculada. A la memoria de la que debía ser Madre virgen fundó Elías la Orden del Carmelo, para que fuese la religión de los hijos de María y el dulce objeto de su particular cariño, plantel de Santos y la gloria de la Iglesia de su divino Hijo.

Admiremos, pues, hoy, en este corto bosquejo histórico la grandeza de este ilustre Profeta, para admirar en el siguiente artículo el prodigio de aquella nubecilla del Carmelo que, por la oración de Elías, fue el consuelo y la alegría del pueblo de Dios.

Q.

EL LIBRO DE TERESA DE JESÚS

I

Hoy nos agrada salir al campo libre... ¿Veis como todo en él ríe, todo canta, regocija y enamora todo?

La hermosa creación levanta un himno.- ¿Para quién?

¡Mirad qué limpia y azul se dilata la artesonada techumbre de los cielos! Huélgase la mirada en perderse por la inmensidad de esas diáfanas profundidades, como ligera barca en las cerúleas ondas de un mar tranquilo.- ¿Quién llena toda esa inmensidad?

Hija purísima de la aurora, la luz esparce alrededor las ricas y abundantes madejas de sus cabellos de oro, y se llenan los aires de chispas de fuego, y donde quiera reverberan las tintas del topacio y la esmeralda.- ¿Qué amorosa pupila encendió tanta claridad?

Pasad adelante, y observad el deleitable verdor de las campiñas. Las frescas y mullidas alfombras de césped, recamadas de flores, incitan nuestros pies.- ¿Dónde descansa el ligero pie que las pisó primero?

¡Mirad qué pomposos y rejuvenecidos forman los árboles doseles graciosos y tejen primorosas guirnaldas, que con blando murmullo mecen los tibios ambientes de la primavera!- ¿Qué sombra se ha deslizado por bajo de esos pabellones?

¿No os gusta respirar ese aire de perfumes, que todo lo hinche y compenetra todo, como sutil vapor de mirra, arrojando sin cesar por mecidos incensarios?- ¿Qué divina mano depositó en el vaso de esas flores tan rico tesoro de aromas?

Y el armonioso gorjear de los pájaros en sus nidos, y los regocijados cánticos de la alondra, que cruza raudamente los aires, y todas esas notas y rumores que de las florestas, los valles y las montañas, en múltiple concierto, se levantan; ¿no llenan vuestro corazón de dulces y sabrosos sentimientos?- ¿Conocéis vosotros el acento que despertó todas esas armonías?

Alguien ha pasado por ahí: las huellas de sus pies se dibujan aún sobre los céspedes; aún se percibe el hálito de su aliento; el rumor de sus vestiduras ha dejado un eco; de sus palabras ha quedado una dulce resonancia; y todo ese resplandor de virginal hermosura nos denuncia sus fulgorosas miradas.- ¿Le conocéis?

Un fino amador suyo habo de verle pasar; y, enamorado, cántole sobre su cítara unas dulcísimos endechas. Oid cantar a Juan de la Cruz:

Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando
Con sólo su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

II

¡Ah! ¡quién como Teresa de Jesús poseyese el finísimo sentir, y quién fuese dotado de la maravillosa intuición de su alma de poeta, para sorprender los pasos del Señor en las bellezas de la Creación!

La límpida claridad de los aires, la pura transparencia de las corrientes aguas, la hermosura de los campos, la amenidad de los huertos, las flores, las manzanas, las fuentecitas que siempre manan... todos esos bellos accidentes de la naturaleza hablaban al alma de Teresa de Jesús un lenguaje divino que en vano trataríamos nosotros de descifrar.

Sus hermosas páginas, sin embargo, nos dicen con harta claridad cuan altamente poseía su alma el sentimiento de lo bello, aquilatado y espiritualizado, digámoslo así, por los esplendores y encendimientos de su caridad.

Su corazón amaba, amaba con los inenarrables delirios de un alma castísima y ardorosa, que se abandona confiada a todas sus ternuras en el regazo divino de su Esposo inmortal.

Si todo parece sonreír y vestirse de resplandor, aún para los corazones vulgares que aman, contemplando todos los objetos, como a través de tornasolada nube de su amor, que lo embellece todo; ¿quién podrá imaginar la infinidad de ocultos atractivos y encantos misteriosos, que a las miradas de Teresa de Jesús derramaría sobre todas las cosas un amor como el suyo?

Y siendo todas las cosas, no matizadas solamente por la dulce ilusión de su corazón, sino verdaderamente tocadas por los dedos de luz de su Amado, y alumbradas con los divinos esplendores de su divino Amor, ¿cuáles serían los transportes de su alma enamorada, al mirar por donde quiera las refulgentes huellas de su amadísimo Dios y Señor, a quién ella, fuera de sí, llama *su amor y deleite suyo*?

En los hermosos accidentes de la naturaleza, - ella misma lo dice- "en estas cosas hallaba yo memoria del Criador; digo, que me despertaban y recogían, y servían de libro..." ¡Quién, oh Dios mío, supiese leerlo como ella!

"Aprovechábame a mí también (dice la Santa) ver campos, agua, flores..." ¿Y cómo no le habrían de aprovechar todas esas tiernísimas finezas con que Amador la obsequiaba?

¡Oh, sí! (decía Teresa de Jesús, cogiendo una flor de amoroso cáliz y matizada corola); esta flor no es otra cosa que la amorosa sonrisa que el Amado de mi corazón me envía... Desde la eternidad pensabas ya obsequiarme con esta florecilla, que tanto me habla de ti, ¡oh vida mía, amor y deleite mío!

Si hablando con sus hijas les dice, que no quiere que sus conventos sean tan espaciosos y grandes que manifiesten mundanal riqueza, no se olvida, sin embargo, de decirles que en ellos haya campo o huerta, donde les encarga vayan a tomar recreación y esparcimiento en las horas determinadas.

Cuanto aprovechasen a ella misma sus paseos por la huerta de su convento, claramente lo dice el habersele allí aparecido en buen Jesús en forma de tierno y hermoso niño, cuando le dijo que era “Jesús de Teresa”, y cuando en otra ocasión le cogieron inexplicables paroxismos de amor al oír los versos de una gran amiga suya, que con la Santa estaba en la huerta deleitando.

Si escribe a su hermano aquellas cartas, modelos de cariñosa afectuosidad y saludables consejos, así como lo son del buen decir; no se olvida de decirle, tan amable siempre, con sus gustos sencillos y poéticos, que tiene “una celdilla muy linda que cae al huerto una ventana, y muy apartada”.

¡Dichosa ventana y dichoso huerto, inmortalizados por la pluma de Teresa!

Toda nuestra vida nos acordaremos con delicia de una de aquellas galantes y donosísimas cartas que ella solía escribir a D. Francisco de Salcedo, a quien ella llamaba el caballero santo. Recuerdale allí con infinita gracia, que puede darle a ella “rábanos y lechugas, que tiene huerto y que es mozo para traer manzanas”, por ventura evocando con estas líneas en el alma de tan santo amigo, quién sabe si los deleitosos recuerdos de horas inolvidables, tan dulcemente pasadas para los corazones amigos, que como si se abrieran más libremente en la tranquila libertad de los campos.

En el libro de los *Conceptos del amor de Dios* comenta la Santa algunas palabras de la Esposa del Cantar de los Cantares. ¿Y quién mejor que Teresa de Jesús, verdadera esposa del místico Amado, quién mejor que ella sabría entender y hablar aquel lenguaje divinamente amoroso?

¡Y qué dulces secretos sabe arrancar a las flores, a las manzanas y al árbol que las produce! Como quiere que de su amadísimo Señor le hablasen siempre con altos acentos, con otra cosa no acertaba a pensar ni hablar a su vista, que de las finezas de su amado Bien.

Habla de la adorable Cruz, y dice que “baja sus ramas este divino Manzano para que coja el alma las manzanas, considerando sus grandezas y las muchedumbres de sus misericordias que ha usado con ella, y que vea, y goce del fruto que sacó Jesucristo nuestro Señor de su Pasión”.

Dice la anta que las obras hechas en servicio de Nuestro Señor “son admirables y olorosas flores, porque proceden de éste árbol de amor de Dios, y se hacen por sólo él, sin ningún interés propio, y extiendese el olor de estas flores, para aprovechar a muchos, y es olor que dura, y no pasa presto, sino que hace gran operación”.

¡Pluguiera al cielo que el campo de nuestro corazón brotase abundancia de estas flores para recreación y deleite de nuestro divino hortelano Jesús, como diría Teresa!

Ella nos alcance de su Amado, el celestial horticultor, abundantes rocíos de gracia que hagan germinar y crecer estas flores.- J. A.

(Se continuará)

CÁNTICO MÍSTICO DEL ALMA

En una noche oscura
Con ansias en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.
A oscuras y segura,
Por la secreta escala, disfrazada,
¡Oh dichosa ventura!

A oscuras, encelada,
Estando ya mi casa sosegada.
En la noche dichosa,
En secreto, que nadie me veía,
Ni yo miraba cosa,
Sin otra luz ni guía,
Sino en la que en el corazón ardía,
Pues esta me guiaba
Mas cierto que la luz del mediodía,
A donde me esperaba
Quien yo bien me sabía,
En parte donde nadie parecía.
¡Oh noche, que guiaste,
Oh noche amable más que el alborada,
Oh noche que juntaste
Amado con Amada,
Amada en el Amado transformada!
En mi pecho florido,
Que entero para él sólo se guardaba,
Allí quedó dormido,
Yo le regalaba,
Y el ventable de cedros aire daba.
El aire del almena,
Ya cuando sus cabellos esparcía,
Con su mano serena
En mi cielo hería,
Y todos mis sentidos suspendía.
Quedeme y olvideme,
El rostro recliné sobre el Amado,
Cesó todo, y dejeme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado.
SAN JUAN DE LA CRUZ

**DICHO QUE LA VENERABLE MADRE ANA DE JESÚS
DIJO POR LA BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN DE NUESTRA SANTA MADRE
TERESA DE JESÚS³**

A la primera pregunta, digo que conocí a nuestra Madre Teresa de Jesús, por ocasión de haber desde mi niñez, que deseaba mucho hallar religión de mujeres donde se viviese con tanta aspereza y religión como en estos monasterios se vive, y sabiendo estos mis deseos un Padre de la Compañía de Jesús, que me había confesado siete años, y procurando informarse de algunos monasterios a petición mía para ver si en ellos procedían con la Orden que yo buscaba, halló en Toledo a la Madre Teresa de Jesús, y escribiome este Padre: "Aquí he hallado una mujer santa, que con autoridad apostólica funda monasterios con la religión que vos deseáis; es natural de Ávila, y llamabase D^a Teresa de Ahumada, y su *Regla* y *Constituciones* son de esta manera" (diciendo lo esencial de ellas).- A mí me satisfizo tanto que luego escribí a este Padre, que se llamaba P. Pedro Rodríguez, que diese cuenta a la santa Madre de mis deseos, y de la causa para que hasta entonces no había de cumplirlos, porque yo hasta saber lo que a la Santa le parecía, y a donde, y cómo, no le escribía: él la mostró mi

³ En la copia de este dicho que nos manda desde Bruselas una hija ilustre de Teresa de Jesús, se guardan las expresiones de la bendita María Ana de Jesús, más no su ortografía. El original se conserva en Roma

carta, y al punto me recibió y escribió diciendo que de tres o cuatro casas que entonces tenía fundadas me viniese a la que quisiese, aunque a ella le daría más gusto que viniese a tomar el hábito a la de Ávila, por ser la primera que había fundado, y ser ella de allí priora entonces, que aunque andaba por allá fundando, se había de venir luego allí a Ávila, donde tomé el hábito y traté a la Madre Teresa de Jesús, y supe era de allí natural, y que su padre se llamaba Alonso Sánchez de Cepeda, y su madre D^a Beatriz de Ahumada, y conocí algunos deudos suyos muy honrados y principales, y en religión y fuera de ella, muy cristianos y de notable virtud: ha más de veinte y seis años que les conozco, y he tratado algunos en particular, y a la Madre Teresa de Jesús traté con tanta familiaridad que de vista, y por escrito de su propia letra supe casi todas sus cosas, las cuales están declaradas en sus libros, que a ellos me remito en lo general.

A la segunda pregunta, digo que en todas sus acciones y modo de proceder me pareció la mujer más santa y de mayor espíritu que he visto en la tierra, y que **por medio de su oración** alcanzó muchas cosas de Nuestro Señor, y fue causa de que muchos sirviesen a su divina Majestad, y a ellos mismos oí decir: “No sabemos que se tiene esta Madre fundadora, que en hablándola quedamos otros, y tan mudados en cosas que no nos conocemos”; y pidiéndola yo algunas veces rogase a Dios algunas cosas, me respondía: “¿Piensa que conviene siempre lo que nos parece? yo creo que en ese negocio hará Dios diferente de lo que se le pide”. Y así se veía después que Dios la había dado luz particular de lo que convenía en la salud y vida de algunas personas, porque sucedía lo mismo que ella al principio que la pedíamos lo rogase a Dios, había dicho, aunque siempre hablaba con gran recato y secreto en semejantes cosas, que las que se entendían de estas, era por algunas palabras que acaso decía, para que se pidiese más de veras a Dios lo que al bien de las mismas necesidades que se le encomendaban convenía. En la fundación de esta casa de Salamanca⁴, entre las muchas ocasiones que hubo para ver lo que la Madre podía con Dios, y alcanzaba con su oración, se ofreció una bien notable, y fue que habiéndonos mudado a una casa de Pedro de la Vanda, por el mes de septiembre, víspera de san Miguel, y teniendo publicado que se había de poner el santísimo Sacramento el día de este Arcángel, y echado el sermón uno de los más famosos predicadores que aquí había, que era el P. Estella, por lo cual entendíamos se juntaría la mayor parte de la ciudad a nuestra solemnidad, era tanto lo que llovía y lo que se mojaba la misma capilla en que se había de poner el santísimo Sacramento, que estaba acabada de hacer sin tejas, que de ninguna arte parecía poder entrar en ella, ni aderezar tres altares que se había de componer aquella noche, siendo ya muy tarde, más de las ocho. Estaba la madre con dos sacerdotes, que eran el P. Julián de Ávila y el licenciado Nieto, capellán de nuestras monjas de Alba, y otros oficiales, que estaban en la iglesia mirando qué remedio podría aquello tener; y nosotros deseando poder aderezar la iglesia no sabíamos qué nos hacer, y así yo entré con otras dos hermanas donde la Madre estaba, y dije con mucha determinación: “Viendo V. R. la hora que es y que mañana ha de amanecer aquí tanta gente, ¿no pedirá a Dios que cese de llover, y nos dé lugar para componer estos altares?”. La Madre como me lo vio decir así recio, vino a mí diciendo: “Pidáselo ella, si tan presto la parece lo ha de hacer porque yo se lo diga”. Y al punto me fui de allí como vi que mostraba disgusto, y antes que acabase de llegar a un patio, que estaba junto, alcé los ojos y vi el cielo estrellado, y tan sereno, que parecía había mucho no llovía, y así volví luego delante de todos los que había dicho lo primero: “Antes pudiera V. R. haber pedido esto a Dios, váyanse todos, y déjennos aderezar la iglesia”. Ella se fue riendo y se encerró en su celda, nosotras aderezamos nuestra iglesia sin estorbo alguno de agua, ni aún de la que había caído en ella; y así se celebró la solemnidad con un día muy claro que amaneció, que admiró a muchas personas que habían reparado en lo que la víspera había llovido.

Yendo a fundar el convento de Veas, veinte y dos años ha, y aún más, ya que llegábamos a la postrera jornada en Sierra Morena, perdieron los carreteros el camino, de manera que no sabían por donde iban, y nuestra Madre Teresa de Jesús comenzonos a mandar a ocho monjas, que con ella íbamos, pidiésemos a Dios y a nuestro Padre san José nos encaminase, porque decían los carreteros íbamos perdidos, y que no hallaban remedio de salir de unos riscos altísimos por donde íbamos, y al tiempo que la Santa nos mandó lo dicho comenzó desde una hondura muy honda que con harta dificultad se veía desde lo alto de aquellos riscos en que estábamos, a dar grandes voces, un hombre que en la voz parecía anciano, diciendo: “¡Teneos, teneos, que vais perdidos, y os despeñaréis si pasáis de ahí!” A estas voces paramos, y los sacerdotes y personas seglares que iban con nosotras comenzaron

⁴ 29 de septiembre de 1570

a escuchar y a preguntar: “Padre, ¿pues qué remedio tendremos para remediarnos, y salir del estrecho en que estamos?” El les respondió que echasen hacia una parte que vimos todos que milagrosamente habían podido atravesar por allí los carros, y como se vio este milagro tan notable, quisieron algunos ir a buscar al que nos había avisado, y mientras ellos estaban allí, dítonos la Madre con mucha devoción y lágrimas: “No sé para qué los dejamos ir, que era mi Padre san José, y no le han de hallar”. Y así fue que volvieron diciendo no habían podido hallar rastro de él, aunque habían llegado a la hondura de donde sonó la voz. Desde este punto fue tanta la ligereza y consuelo con que caminamos, que los mismos carreteros decían, y aún algunas veces con juramento, que aquellas mulas no andaban, sino que volaban, y que si un paso más dieran de donde las detuvieron nos hiciéramos pedazos, y esta ligereza de las mulas fue de manera que habiendo aquel día sacado del pueblo de donde salimos bestias y hombres para pasar el río de Guadalupe fuera de los carros, en llegando a él nos hallamos a la otra parte sin haber tenido lugar de salir de los carros, ni podernos menear, y así se espantaron los más principales del pueblo de Veas que nos salieron a recibir, de ver la gran jornada que aquel día se había podido andar, y les fue ocasión de tomar más devoción con la Madre y su Religión.

Esto y otras cosas muy notables, que en esta entrada vieron que hacía Dios por la Madre Teresa de Jesús, que yo por saber que en el libro de las *Fundaciones* y en otras ocasiones están dichas, y no me acordar enteramente de algunas, no las digo aquí, ni muchas que fueran más importantes, para declarar la eficacia de su oración y buen espíritu.

(Se continuará).

Historial de las gestiones hechas en los primeros días de octubre de 1873 por D. Carmelo Saavedra, para probar la verdadera existencia de las espinas que rodean el corazón transverberado de santa Teresa de Jesús, dirigido al excelentísimo e ilustrísimo señor Obispo de Salamanca.

(Continuación)

Las cosas en tal estado y encontrándome yo en San Mauricio (Seine et Oise, Francia) fui advertido el 30 de julio de que públicamente se ponía en duda en Inglaterra la verdadera existencia de las prodigiosas espinas. Incontinenti formé el proyecto de pasar yo mismo a Londres a esclarecer la verdad del suceso, y sin pérdida de tiempo pedí desde París a V. E. I. su opinión y una carta que me sirviera de presentación al Rmo. E Ilmo. Sr. Arzobispo de Westminster. La respuesta de V. E. I. y la carta que humildemente le pedí llegaron a mis manos a mediados de agosto, y con ellas V. E. I. me enviaba su santa bendición, garantía de mi misión y fundada esperanza del feliz resultado que la coronó. Aunque a su tiempo tuve el honor de acusar el recibo a V. E. I. y de darle las gracias, las repito de nuevo, pues es para mí una verdadera satisfacción expresar mi agradecimiento al ilustre y venerable Prelado que, sin mérito de mi parte, me ha colmado siempre de bondades y manifestado su sincero y paternal afecto.

Circunstancias imprevistas me detuvieron en París, no pudiendo verificar mi viaje a Inglaterra hasta los primeros días de septiembre.

La irregularidad con que, a causa de la guerra civil, marchan los correos por el Norte de España, me privó momentáneamente de recursos, haciéndose de día en día más precaria mi situación. Jesús de Teresa todo lo ve, e inclina siempre su oído a un corazón atribulado. El 26 de agosto, primeras vísperas de la Transverberación, recibí una carta con el timbre de Arcachón, que contenía un billete de 500 francos acompañado de media cuartilla de papel, en la que sólo estaba escrita esta palabra: *Providence*. El generoso donador usó con gracia de esa expresión, que tan acertadamente traza la acción del bondadoso Corazón de Jesús, y al señalar a V. E. I. este hecho, no poco significativo a favor de mi misión, envió desde Inglaterra al oculto instrumento de la Providencia la expresión sincera de mi eterno reconocimiento.

La época en la que me propuse hacer mis gestiones había pasado, pues había deseado patentizar la verdad antes de la fiesta de la Transverberación; empero otra se presentaba más solemne aún: la del 15 de octubre, en que la Orden del Carmen y el universo católico celebran la de la insigne y seráfica Doctora mística, santa Teresa de Jesús. Entre tanto acepté gustoso la generosa hospitalidad que en su casa presbiteral de Plymouth me ofreció S.

E. monseñor de Sussex, camarero secreto de Su Santidad y canónigo de la Orden de Obispos de la archibasílica de Nuestra Señora de Loreto.

Poniendo toda mi confianza en Jesús de Teresa, en las fervientes oraciones de V. E. I. y de muchos Carmelitas, pasé a Londres el 4 de octubre.

Cuando supe quienes eran las personas con que tenía que tratar el asunto, me pareció ser arduo para una persona tan humilde y ruin. Conociendo V. E. I. a lady Herbert de Lea, y al señor canónigo Dalton, excusado creo hacer otra cosa que nombrarlos.

El día 6 de octubre tuve el honor de ser recibido por el reverendísimo e Ilmo. Sr. Arzobispo de Westmister, y presentarle en pliego cerrado la carta de V. E. I. que Mons. Manning leyó con visible interés, examinando detenidamente la grande fotografía que tuve el gusto de ofrecerle. S. I. me manifestó la satisfacción que tendría de ocuparse por sí mismo del asunto, más no podría hacerlo sin dejar desatendidas las innumerables y complicadas atenciones que cada día se acumulan sobre su pesado e importante cargo; pero que lo pondría en manos competentes, entre la de los RR. Padres Carmelitas de su villa Archiepiscopal, para todo lo que pudiese tener relación con su autoridad.

Mi primera visita en Londres había sido naturalmente para los hijos de santa Teresa, teniendo el consuelo de encontrar de Prior a nuestro joven compatriota el R. Padre Liborio de los Sagrados Corazones. SS. RR. Conocían ya, pues, el objeto de mi viaje y habían examinado los documentos que obraban en mi poder.

No me es permitido dudar que era Jesús de Teresa el que desde el solio de su gloria dirigía el asunto de la honra de su fidelísima y virginal Esposa en cumplimiento de aquella palabra que la dijo un día: *Tu honra es mía, y la mía tuya*.

El siguiente día 7 de octubre, me presenté en casa de la noble señora lady Herbert de Lea, recibiéndome con la atención y gracia que caracteriza la noble aristocracia inglesa. Impuse a lady Herbert del objeto de mi visita; ella me dijo que habiendo visto detenidamente el seráfico Corazón cuando estuvo en el monasterio de Alba de Tormes, no había observado las espinas cuya existencia le afirmaba, y sí solo la Transverberación, que la absorbía; además, que nada había dicho en los papeles, y solo interrogada en carta por el señor canónigo Dalton, le respondió lo que queda dicho en la carta firmada *Sacerdos*, y concluyó expresando no podía decir otra cosa sino que no las había visto.

Creí llegado el momento decisivo, y presentándole una fotografía-álbum con la auténtica al dorso, dije: “¿Y bien, Señora, reconoce V. el santo Corazón y el precioso relicario? ¿Ve V. ahora las espinas?”. Lady Herbert aceptó la fotografía y dijo con viveza: “¡Oh! Sí, sí, es perfectamente el mismo... la Transverberación... todo idéntico”. Y continuó examinándola silenciosamente. En fin la dije: “¿Ve V. las espinas?”. “No, no veo tales espinas, a no ser que sean estas”, y me señalaba los rayos dorados que sobremontan y adornan el santo Corazón perdiéndose detrás de las cabezas de los angelitos. “No, señora, están debajo del santo Corazón...”. “Debajo... debajo... nada veo”. Y cogiendo un lápiz fino que busca en su elegante escritorio, me lo presenta rogándome se las muestre.

Cuando la punta del lápiz le marcó las espinas, fue visible su sorpresa, exclamando: “¡Ya las veo...! Comprendo, yo las buscaba en el Corazón, sin que pudiese distinguir nada de nuevo”.

Fácil es disculpar este error, pues que vulgarmente se dice, como lo atestian las cartas transcritas, las espinas que salen o que se ven en el Corazón de santa Teresa cuando ellas parecen salir de las excrecencias que se desprenden de la insigne Reliquia y se depositan en el fondo del vaso de cristal que la encierra tocando el vértice del santo Corazón. Las espinas, como clara y terminantemente lo dice V. E. I. en su auténtica, *notanse en torno del santo Corazón*, y no, ni salen ni se ven en el santo Corazón.

Una vez convencida la referida Señora, le mostré la carta de V. E. I. a Ilmo. Sr. Arzobispo y que éste para dar más fuerza a mis gestiones o tal vez para que si necesario fuese obrara como documento, entregó al R. P. Sebastián, carmelita. Grande placer experimentó lady Herbert con su lectura, contándome entonces todas las bondades con que la colmó V. E. I. durante su estancia en Salamanca.

Quise llevar hasta el cabo mi misión y enseñarla las piezas justificativas. La señora no consintió, diciendo delicadamente que le bastaba y sobraba, para creer, lo que en la auténtica y carta había leído bajo la firma del Ilre. Obispo de Salamanca, y después de hacerme los elogios más pomposos del Rdo. Canónigo señor Dalton, dijo ser él quien había escrito instándome mucho o que le enviase a Norwich todos los documentos, segura de antemano de la satisfacción que experimentaría por ser un amante apasionado de santa Teresa, con lo cual

quedó terminada la interesante visita y obtenido el primer triunfo al honor de nuestra seráfica Doctora y Madre.

En vista de este resultado tuve una conferencia en la tarde del mismo día con el R. P. Prior de Carmelitas y el P. Sebastián, conviniendo en que iría yo mismo a Norwich a pesar de la grande distancia que separa dicha ciudad de la capital del Reino Unido, lo que efectué por el primer tren del siguiente día 8 de octubre.

(Se concluirá)

REVISTA EXTRANJERA

Roma.- Sucédense sin interrupción las recepciones en la prisión apostólica. En cada una de ellas hay notables protestas de amor y de fidelidad; en cada una el Santo Padre manifiesta altamente su opinión sobre lo que pasa en Roma, y condena la violencia de que es objeto su pobre pueblo. Las palabras de Pío IX tienen la virtud de despertar a los que duermen, de confortar a los pusilánimes y conservar las buenas tradiciones de aquella población eminentemente cristiana.

- La fiesta del sexto centenario de santo Tomás de Aquino se ha celebrado en varias ciudades de Italia con inusitada pompa.

En Aquino, el ilustrísimo señor Obispo puso la primera piedra para la nueva iglesia que se va a construir allí en honor del Santo.

En Nápoles, en la iglesia de santo Domingo la Mayor, en donde se venera el Crucifijo pintado al óleo que según la tradición dijo a santo Tomás aquellas conocidas palabras: Bene scripsisti de me Thoma, y en la iglesia de San Pedro Mártir, se hicieron magníficas fiestas.

En la magnífica iglesia de la Minerva de los Padres Predicadores se celebró un solemne Triduo los días 5, 6 y 7. En este día la concurrencia fue continua y numerosísima, no tan sólo durante los divinos oficios, sino hasta una hora muy adelantada de la noche. Celebró la misa de pontifical el Ilmo. Rmo. Sr. José Angelini, arzobispo de Corinto y vicegerente de Roma, y en el altar mayor, circuido de una hermosa guirnalda de azucenas, se destacaban el magnífico relicario conteniendo una insigne reliquia del santo Doctor, esto es, un hueso entero del antebrazo, regalo que acaba de hacer Su Santidad a los Padres Dominicos, en la solemnidad del sexto centenario.

- En una de las públicas audiencias que concede Pío IX fue admitida una familia católica de Roma. El Papa, viendo al lado de la madre a un niño de unos seis años, le dijo con cariño: Ven, querido niño mío: ¿cómo te llamas? El niño que temblaba con emoción, acercándose al Papa, pronto se reanimó poco a poco con las afectuosas palabras de Su Santidad, y le dijo su nombre. Uno de sus parientes añadió: Beatísimo Padre, su abuelo era M. E., profesor de la universidad romana de la *Sapienza*, muerto muchos años ha en el servicio de vuestra Santidad. Pío IX estuvo un rato recordando ideas y luego dijo al niño: ¡Ah! sí, sí, ya me acuerdo; tu abuelo era muy adicto a la Iglesia: si tú caminas sobre sus pisadas, te granjearás el aprecio de las personas honradas y Dios te bendecirá. Dí: ¿sabes hacer la señal de la cruz? El niño hizo inmediatamente la señal de la cruz, pronunciando con voz clara las palabras que la acompañan.

Muy bien, dijo el Santo Padre, cuantas veces el demonio te tentare, haz la señal de la cruz y pronto lo ahuyentarás.

Prometo hacerlo, contestó resuelto el niño.

- La *Voce della Verità* ruega a los demás periódicos católicos la reproducción de la siguiente nota:

“Desde hace un año recorre, así Italia como otros países, con objeto de recaudar fondos para el rescate de niños negros, un supuesto misionero del África central, hombre de cuarenta años, natural de Verona, y que viste unas veces de sacerdote y otras de religioso de la Orden de Mínimos observantes. Hacemos público que dicho sujeto no lleva certificado eclesiástico auténtico, y que nadie le ha encargado dicha comisión”.

Austria.- En el Parlamento austriaco están discutiéndose las leyes llamadas confesionales, que son una opresión solapada del Catolicismo. El abate Greuter, diputado por el Tirol, combatió el proyecto de ley y concluyó con las siguientes palabras: "No os hagáis ilusiones: os lo declaro aquí franca y lealmente, que nosotros tiroleses nunca, nunca reconoceremos semejante ley (grande agitación), suceda lo que sucediere. Tenedlo entendido: si nuestra ruina está decretada, moriremos como católicos, pero salvaremos el honor del país".

Estas palabras produjeron una fuerte impresión.

Francia.- Un gran número de oficiales del ejército francés de mar y tierra han sometido al parecer del Arzobispo de Paría el proyecto de reunir y conservar en los archivos de la iglesia que va a levantarse y consagrarse al sagrado Corazón de Jesús una lista especial que contenga los nombres de todos los miembros católicos del ejército que quisieren enviar su ofrenda para la construcción de dicha iglesia, destinada dicha cantidad para el adorno de una capilla o para la erección de un altar.

GRACIAS

Que se piden a santa Teresa de Jesús, y se recomiendan a las oraciones de sus devotos.

La paz de nuestra pobre España.- La libertad de Pío IX.- La perseverancia en sus generosos propósitos para las Jóvenes católicas.- La conversión y cristiana muerte de tres personas.- Una fundación religiosa.- La obra de los Misioneros de Pío IX.- Dos vocaciones contrariadas.- la beatificación de la venerable Ana de Jesús, compañera de santa Teresa de Jesús.- La extensión de la devoción más favorita al Corazón de Jesús.- Celo para los devotos teresianos.- El sacerdocio católico.- Salud para un enfermo.- Varias gracias pedidas y no alcanzadas.- Una comunidad religiosa.

Damos con gusta cabida en las páginas de nuestra *Revista* al sentido artículo que un joven admirador del inmortal Pío IX nos remite para recordar a los españoles uno de los más sagrados deberes, esto es, el socorrer a un Padre cautivo y pobre que vive en la aflicción.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE CAUTIVO Y POBRE.

I

Hojeando la *Revista de santa Teresa de Jesús* hemos visto en sus columnas abierta una suscripción, cuyo objeto está manifiesto en las palabras que la encabezan.

Hecho por nosotros el propósito de escribir unas líneas, nos ha parecido bien titularlas con las mismas palabras que explican cumplidamente los fines levantados de aquella suscripción. No sin motivo hacemos eso, porque pensamos ocuparnos del mismo asunto en la ocasión presente.

II

¡La España de santa Teresa de Jesús socorriendo al romano Pontífice cautivo y pobre!... ¡Qué frase tan elocuente! ¡qué deprecación tan sentida!

Aciagos son los tiempos; las circunstancias exigen los esfuerzos individuales para el sostén material del Papado. ¡Cuánto dolor y cuánta vergüenza!

Echemos una mirada a días pasados, no lejanos, y después comprenderemos la razón y la justicia de los socorros al Rey de la Cristiandad.

III

Era un día triste, muy triste: era un día fatal; ¡horrible día!... La ciudad santa, la ciudad de los cristianos, residencia por siglos de la cabeza de la Iglesia católica; la vetusta Roma, centro del paganismo y por voluntad divina Sede de Pedro y de sus sucesores; esa patria común de los fieles de todos los países, esa arca santa de la venerandas tradiciones, de los gloriosos hechos del Papado; esa ciudad era un día sitiada y asaltada y brutalmente dominada por legiones de soldados de la impiedad, que en el desdichado Rey del Piamonte encontrara auxiliar poderosísimo y audaz.

He aquí el origen, he aquí la causa y el motivo de la cautividad que el Pontífice romano, que el bondadoso y sabio Pío IX viene sufriendo con harta amargura de su corazón.

La historia no registra en sus anales un hecho semejante al hecho vergonzoso que acabamos de recordar. Si bien se mira, los caracteres especiales que ese reviste, dan claro indicio y testimonio innegable de la época en que vivimos. Hubo un tiempo de cisma; hubo un tiempo de cautividad de Babilonia⁵; hubo un tiempo de destierro, en el cual la ciudad de Roma se encontró huérfana de su Pastor; pero en ninguna ocasión, en tiempo alguno presenciaron los humanos el cautiverio del Papa dentro de los sagrados muros de la ciudad eterna. Si lo hubiesen presenciado, es seguro que no lo habrían permitido.

Más en otros días no pudo ello ser porque la sociedad no iba cubierta, como va la de hoy, con ese manto de fariseísmo hipócrita, y con esa capa de sarcástica legalidad, de irrisoria justicia y de falsa conveniencia.

Hoy pudo ser la irritante clausura de Pío IX, porque muchas gentes se apellidan católicas y rechazan lo que se ha dado en llamar el poder temporal del Papa; hoy pudo ser, además, porque es tristísimo el estado de las naciones, que hace de todo punto imposible una Cruzada.

El Rey de Roma está preso dentro de su misma ciudad, dentro la ciudad de los cristianos: esta es la verdad desnuda, esta es la terrible verdad.

⁵ Así llamaban los romanos al período en que la Sede pontificia residía en Aviñón.

IV

Siendo esto así, la pobreza del Papado es la consecuencia lógica y natural de su tristísima situación. Sin Estados el Papa carece de rentas, carece de recursos propios; ni aún es suya la morada que habita. El capricho de un déspota puede mañana arrojarle de ella.

Todas estas cosas debieron recordar los buenos católicos que desde la *Revista Teresiana* suplican a todos los fieles que socorran al Vicario de Jesucristo en la tierra. Deber de todos es acudir a su llamamiento, dando gustosos nuestro óbolo para ayudar a la vida material de esa institución inmortal. ¡Quiera Dios se vean colmados los deseos de los beneméritos varones que iniciaron la suscripción!

Sólo nos resta ya levantar nuestra humilde voz para decir:

El representante de Jesucristo en la tierra está cautivo y pobre... ¡Una limosna para el ilustre preso del Vaticano!

	Suma anterior	Rs.	1,958'60
Gracia.- Santa Teresa de Jesús, protegida al Sumo Pontífice			12
Toledo.- Hermenegildo Martínez, por Pío IX, cautivo y pobre			1
Una hija de María			1
Jerez de la Frontera.- Un entusiasta admirador de la Doctora española .			2
	Suma	Rs.	1,974'60

(Sigue abierta la suscripción)